

Mi ingreso  
al Salón de la  
plástica  
mexicana

## MARTHA CHAPA

La elocuente respuesta de todos ustedes me hace pensar que mi trabajo ha cosechado también los frutos de la amistad. Nos une la pasión por el arte, porque florece en la sensibilidad humana, sin distinciones de ninguna naturaleza y nos cohesionan en lo fundamental como cultura y nación.

Me emociona y considero todo un honor mi ingreso a este espacio cultural por decisión de su consejo, tal como me lo comunicó Carlos Bracho, querido amigo, a quien respeto porque además de ser un gran actor, es un mexicano valiente que ha sabido defender sus ideas y luchado por nuestro país. Hago una mención especial a Francisco Romero, destacado escultor, quien ha sido en esta ocasión, eficaz y magnífico promotor de este encuentro. Por supuesto a Dionicio Morales, amigo entrañable, talentoso poeta y gran crítico de arte. También deseo expresar mi agradecimiento a todos mis colegas, amigos solidarios y asimismo a quienes han intervenido de manera tan cálida, haciendo posible este dichoso momento de mi vida profesional.

Desde mi perspectiva femenina quisiera hacer algunas reflexiones en torno a la mujer en las artes plásticas.

Durante mucho tiempo se nos descalificó a las mujeres dentro de las tareas artísticas y científicas. En el mejor de los casos, sólo nos consideraron como mo-

delos plásticos, musas inspiradoras y salvo honrosas, como raras excepciones, se nos permitió el privilegio de crear, aún cuando nuestras obras no fueran valoradas en su justa dimensión. En el presente podemos reconocer que los tiempos han evolucionado y que los antiguos conceptos han sido superados, al menos parcialmente.

Quisiera recordar con motivo de tan bello y simbólico encuentro una leyenda de Plinio, el viejo que cuenta que hace siglos, en la resplandeciente ciudad de Corinto, había una doncella profundamente enamorada de un doncel. Conducidos por su pasión, se encontraban en secreto, de tarde en tarde y en el momento de la despedida sufrían ese terrible dolor de la separación que todos conocemos. Cierta día, la musa descubrió en la sombra proyectada sobre un muro la silueta de aquel hombre. Al advertirlo comprendió que, si teñía con color esa imagen, podría perpetuarla. Fue así como se fraguó el hecho plástico, motivado por el amor, que no sólo resultó acto de creación poética sino que tuvo una enorme trascendencia.

En nuestra cultura prehispánica las mujeres se expresaron con gran maestría en las actividades cotidianas, sobresaliendo su gran talento como bordadoras e hilanderas. Hacían el puachtli, tejido de gran significado en la economía indígena, pues se usaba como moneda. Eran expertas en el arte plumario, cotizado por su valor

tributario, así como en la confección de indumentarias para la guerra. También en la pintura y la joyería, oficios relevantes, especialmente para las fiestas solemnes y ornamento e insignias en los combates.

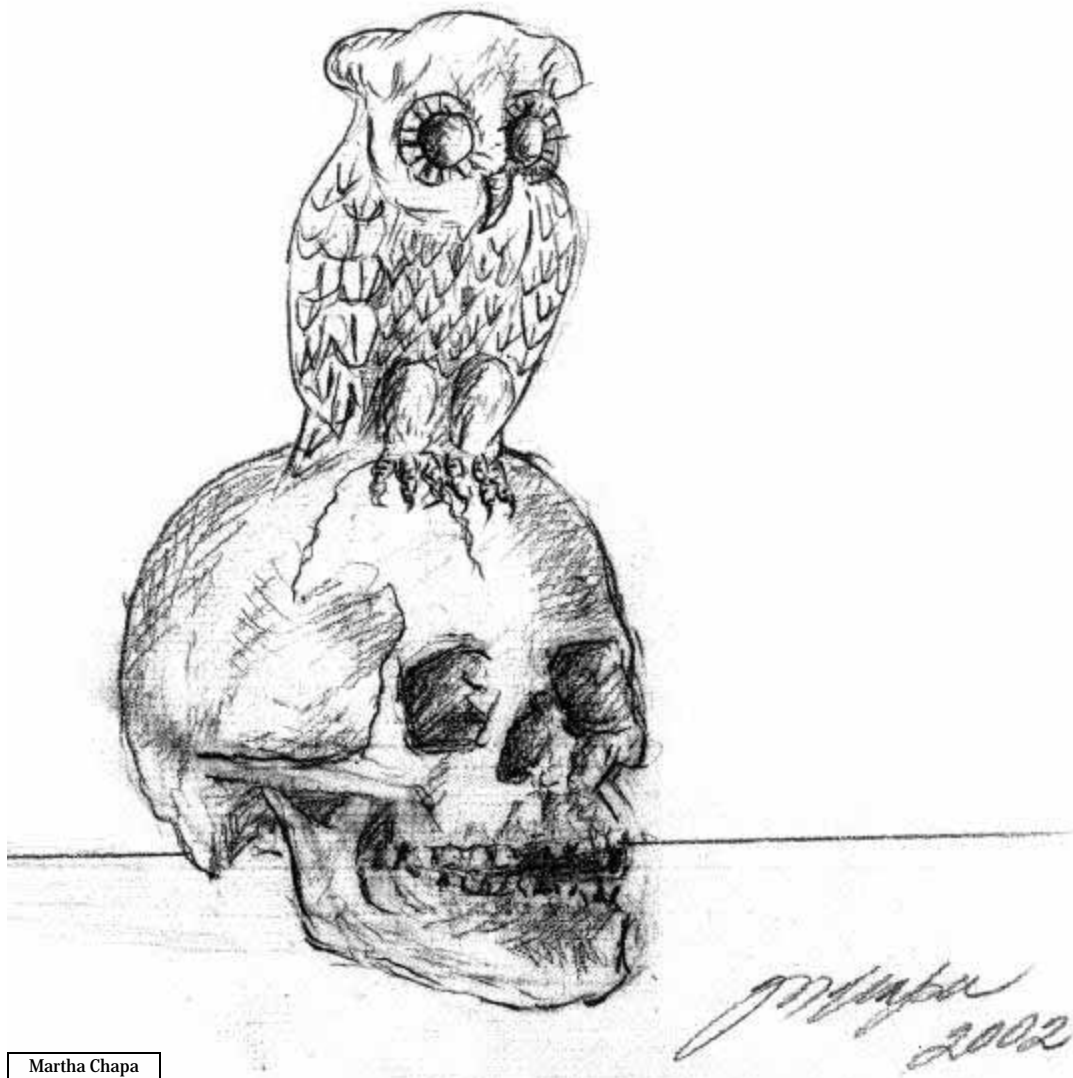
Más tarde, en la época de la colonia las mujeres casadas y las religiosas se distinguieron por su reclusión en casa o su participación en los conventos, verdaderos centros de trabajo. Ahí se cultivaban las artes más refinadas: canto, teatro, bordado, música, letras. Además, se dedicaban con gran pasión a la cocina.

A pesar de ello, no encontramos referencias sino apenas alusiones a la pintura, porque las monjas acostumbraban pintar misales, alcanzando una verdadera maestría en el género de la miniatura. Con igual destre-

za pintaron lienzos y murales al fresco. Estos datos hacen suponer que gran parte de la plástica anónima del Virreinato pudo haber sido obra femenina. Y quiero señalar que el genio de Sor Juana también estuvo presente en la plástica, como lo confirma el famoso autorretrato que regaló a su gran amiga la Condesa de Paredes.

Conforme pasaron los años, hubo mujeres, al margen del ambiente conventual, que igualmente se consagraron a la pintura.

La Academia de San Carlos transformó la vida artística de México, pues al separarse de la iglesia, se le abrieron nuevas perspectivas. Fue así como este espacio se convirtió en un importante centro de educación artís-



Martha Chapa

tica y uno de los primeros en el mundo en aceptar estudiantes del sexo femenino.

Sin embargo, todavía en el siglo XIX se despreciaban profesionalmente a las aplicadas “señoritas mexicanas”, como se les solía llamar con cierto desdén. Las pintoras carecían de formación, puesto que no tenían acceso a todas las clases.

Después de la Revolución Mexicana, aparecieron las primeras pintoras profesionales, pues las transformaciones que trajo a México abarcaron todos los ámbitos. Como resultado de este cambio profundo destacaron María Izquierdo, y la genial Frida Kahlo quien se ha convertido en estandarte de los logros artísticos de la mujer, incluso en el ámbito internacional, pues representa todo un icono de triunfo y talento.

Finalmente, en el pasado reciente como una rebel- día ante lo que se creyó la tiranía del muralismo y sus postulados, aparecieron movimientos de vanguardia que se nutrieron de las tendencias artísticas del mundo. Y décadas después fue como se sumaron los esfuerzos y luchas de muchas mujeres, no sólo en el campo de la pintura, sino también en la escultura, el grabado, la fotografía, la cerámica. Hoy, las mujeres cosechan premios y distinciones de gran relevancia. Y aunque le rindo homenaje a todas ellas, incluyo especialmente hoy a: Remedios Varo, Leonora Carrington, Cordelia Urueta y desde luego a María Izquierdo y la genial Frida Kahlo.

Yo he podido constatar el papel trascendente de la mujer en cualquier rubro o disciplina de las sociedades modernas. Todo esto, con sus debidos altibajos lo he ido confirmando a lo largo de mi vida, desde mi nacimiento en Monterrey, tierra regia, soberana, orgullosa, triunfadora, con templanza y carácter.

Durante todo este tiempo me he empeñado en dejar constancia de la pasión por mi trabajo y por todo ello, me siento esta tarde contenta y comprometida. Me emociona compartir con ustedes, pues sabrán apreciarlo

desde su propia experiencia, las angustias que he padecido para formarme como pintora. En esa intensa búsqueda apareció el símbolo del fruto prohibido, con el que se gestó una alquimia misteriosa y se convirtió en el adjetivo de mi universo. De manzana en manzana, he intentado con toda mi vehemencia dejar múltiples testimonios de mi empeño. He descubierto que en la redondez de un fruto se puede concebir la vida misma.

Estoy consciente de mi enorme responsabilidad, puesto que desde hace más de tres décadas he expuesto los afanes plásticos que iluminan mi vida. He recorrido el mundo en una travesía fascinante; difícil a veces, pero que siempre plantea un reto mágico. Les confieso que me siento satisfecha, porque lo mismo he vivido alegrías, que amarguras y complicaciones.

Siempre, siempre confirmo a todos y cada uno de los seres que han tenido fe en mis aventuras estéticas.

Prometo que mientras tenga aliento trataré de mantenerme imaginativa y cumpliré con la mística de fomentar la libertad de creación, como también responderé a los desafíos del futuro y al reto del destino.

El arte siempre está y estará por encima de las crisis y hasta las convertir en oportunidades para la creación; el arte agrega lo que el tiempo y los males destruyen, se torna imprescindible, hermana nuestras almas y existe por la misma razón que existe el amor, la fe, la vida misma. Asimismo el arte detiene el tiempo y a veces también lo multiplica.

Por eso, deseo concluir con un llamado a la conciencia de todos para redoblar los esfuerzos y construir de un mundo mejor, aportando sueños, conocimientos, voluntad y vocación de servicio.

Es factible conformar una nueva sociedad, la que siempre hemos anhelado, libre de miseria, enfermedad, odios, ignorancia, violencia y tiranía. ¡Vamos por ese sendero!